

## LECCIÓN INAUGURAL A UN CURSO DE INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA \*

por ADOLFO F. RUIZ DÍAZ

La materia que estudiaremos este año, recibe en los planes de esta Facultad y de otras un nombre bastante pretencioso y que, sin embargo, insinúa una decepcionante confesión de inutilidad. Es comprensible, en efecto, que se hable de introducciones a la Filosofía, al cálculo tensorial, a la teoría del Derecho. Son disciplinas herméticas, arduas, cuya conquista exige, como la ascensión al Aconcagua, preparación, precauciones y respiros. La literatura, no parece, en cambio, ofrecer esta clase de dificultades. De una manera u otra todos tenemos algún trato con obras literarias. En apariencia, cualquiera ha sabido ya, antes de llegar a las aulas universitarias, introducirse por su cuenta, sin necesidad de que ahora se nos proponga gastar un año en esta tarea. La literatura en suma, está incluida entre los ingredientes manejados y manejables casi sin excepción en nuestro mundo, y siempre a primera vista no se comprende por qué se ha de dilapidar tiempo, precisamente lo que el hombre no debe dilapidar nunca en esta exigencia docente comprimida en el nombre de *Introducción a la Literatura*.

Si pensamos un momento, las cosas no resultan tan obvias. La primera reflexión que se nos ocurre es ésta: la literatura no es una invención actual. Lleva por el contrario, nos dicen, muchos siglos de existencia; ha acompañado al hombre a través de múltiples y sobremanera dispares peripecias. Esta rica modulación histórica pone en guardia contra el exceso de ingenuas simplificaciones. La literatura, pues, no es hoy lo que ha sido en el pasado, en las varias figuras por ella adoptadas. En consecuencia, habría que preguntarse cómo y por qué, con qué derecho si se prefiere, involucramos bajo la común

\* Véase R. L. MODERNAS: 1 — *El hecho literario*. Esta lección en el capítulo inicial de la allí mencionada *Introducción a la Literatura*.

denominación de literatura a una realidad representada por versiones tan diferentes como una tragedia griega, cargada de majestad religiosa, y una novela policial que transitamos para abreviar un viaje en tren o una noche de insomnio. La simple consideración panorámica del pasado literario promueve así una pregunta de cariz filosófico, la pregunta, claro está, es ésta: ¿Qué es la literatura?

No cedamos tan pronto a la tentación de una pregunta tan imponente. Es preferible que reparemos en otro hecho implícito en la comprobación de que la literatura atraviesa una larga historia.

Nuestro encuentro con la literatura, aun de las obras que han nacido en el pasado, se verifica hoy, en la puntualidad del presente. Cualquier contacto con la literatura se produce en nuestra circunstancia, esto es, en la versión que hoy la literatura tiene. Pues bien: cuando inquirimos, repudiando vagas generalizaciones, cuál es la situación en que la literatura se encuentra, advertimos que la literatura es hoy lo que es en virtud de lo que ha sido antes. Cada una de las figuras pretéritas de la literatura conducen a su presente condición y por ellas y sólo por ellas la actualidad literaria se coloca en posibilidad de ser descifrada. La literatura es hoy lo que es *porque* antes ha sido otras cosas, algunas de ellas tan diferente de lo que hoy es, que cuesta, recordemos, cierto esfuerzo, identificar como una sola realidad esta variada, movediza galería.

Acabamos de enunciar algo muy grave, algo cuyo cumplimiento honesto pide una trabajosa tarea. Si *toda* comprensión de lo literario se verifica hoy y para comprender este presente hay que poseer las versiones que componen su pasado, la más sencilla experiencia literaria significa la movilización de un fabuloso saber histórico. Parecía que el trato con la literatura estaba al alcance de cualquiera; era lo más fácil del mundo. Bastaba abrir un libro y ponerse a leer. Ahora resulta que para ejecutar esa operación es necesario que yo sepa qué ha ocurrido con la literatura durante siglos; de lo contrario, esa actualidad en que estoy me será en buena medida opaca, enigmática, incomprensible. ¿Vislumbran ustedes ya que el requisito universitario de una Introducción a la literatura no es tan descabellado? Por lo pronto, eso es lo que venimos haciendo desde hace unos minutos y, con el perdón de ustedes, creo que lo expuesto merece un poco de la atención tan amable que ustedes le conceden.

Queda una comprobación, nada desdeñable. La literatura tiene una historia, entre tantas otras, una invención humana. Esto significa que ha tenido, aun cuando no resulte fácil averiguarlo en su precisa fecha y precisa modalidad, un principio. Surgió la literatura alguna vez como surgen las tareas humanas: en cumplimiento del proyecto que se le ocurrió a un incógnito alguien. Toda tarea, aun la más prosaica, incluye un previo esfuerzo imaginativo. Alguien imaginó hacer eso que después, muchísimo después, se llamaría literatura.

Con esto percibimos que la literatura es doblemente imaginaria; lo es por esa dimensión común que atañe a todos los proyectos del hombre. Y también porque entre las tareas humanas es aquella que opera metódica y centralmente con esa forma de inteligencia que con bastante vaguedad seguimos llamando imaginación.

No hubo siempre literatura. Claro que no. Pero esto viene a significar que no hay motivo de que siga habiéndola. Si la literatura nació en un instante de la historia, en la vida de un hombre, es perfectamente posible que un día cese de funcionar como quehacer viviente. Los hombres podrán dedicarse a otras empresas: la literatura quedaría en el museo del pasado como algo ya carente de atractivo para las sollicitaciones de la vida. Si la literatura tuvo un comienzo, también podrá tener un fin. Es el caso preguntarse hoy, cuando hemos visto y vemos morir tantas cosas, si no habrá sonado la hora final de la literatura.

La literatura forma parte de nuestro mundo actual. Llamo mundo al conjunto articulado o al sistema de interpretaciones en que se vive. Esto explica aquella presencia literaria que hace un momento nos trajo algunas perplejidades. No hay duda de que la inmensa mayoría de los hombres se vería en un apuro si un profesor impertinente o un locutor de una audición de preguntas y respuestas disparara sin rodeos la interrogación por la literatura. Muy pocos en efecto, son capaces de contestar qué es literatura. Pero, en razón de que la literatura sigue actuando en nuestro mundo, sabe la gente a qué atenerse respecto a ella. Cualquiera sabe, sin necesidad de pensarlo, que está vinculada a la profesión u oficio de ciertos individuos —los escritores. Sabe también que hay un industria editorial que coloca los libros en el mercado. Sabe, en fin, que los libros se encuentran en comercios, las librerías. Hecho que además, nos interesa particularmente a quienes nos encontramos aquí reunidos, en los colegios se imparte enseñanza literaria: la literatura, concebida por muchos como una tarea poco seria, se conecta con la seriedad de la enseñanza. Como la enseñanza aspira en su plano más general y elevado a la formación del hombre, resulta que la literatura es uno de los factores educativos tradicionalmente aceptados. Por esta función pedagógica, la literatura se nos muestra claramente tejida con la cultura. Nótese bien que no digo que la finalidad de la cultura sea pedagógica —esta simplificación, lo adelanto, me parece sencillamente atroz— ni que la literatura para justificarse, sepa responder satisfactoriamente a los tupidos cuestionarios que oficialmente se identifican con la cultura. Me limito a señalar, ya en clases ulteriores volveremos al asunto, que *también* cumple la literatura, tarea por lo común considerada de diversión, una función seria: que es enseñada junto con la matemática, la historia, la geografía, la física, la biología. Nada más y tampoco nada menos.

Esta simple ojeada al modo de presencia de la literatura en nuestro mundo ha deparado una interesante pluralidad de facetas. La literatura se nos ofrece desde muchas perspectivas, algunas de ellas evidentemente difíciles de unificar en perspectivas unitarias o armonizadoras. ¿No hay, en efecto, una cierta contradicción entre el punto de vista del librero, para quien el libro es sin más una mercadería, y el punto de vista del escritor probo que se extenua corrigiendo sus páginas en el afán de una perfección que sabe, en tantísimos casos, que reconocerán y valorarán muy pocos? ¿Ignoramos, acaso, que el libro de venta torrencial es con triste frecuencia de calidad mediana o inferior, y que debe su éxito a astucias de la propaganda? Sí, esta multiplicidad de perspectivas es bastante vertiginosa. Pero cometeríamos un grave error si quisiéramos omitirla para buscar un solo punto de vista legítimo. Podar a la literatura desaprensivamente de esta pluralidad de presencias no haría otra cosa que extirpar lo que más interesa, lo único interesante de ella: su realidad.

La realidad se ofrece siempre en perspectivas y comprender algo equivale a corregir y completar un punto de vista con otro. Hay perspectivas más ricas, más hondas que otras. ¿No sucede lo mismo en fotografía? Pero ninguna puede descartarse sin examen porque alguna parcela de realidad puede revelársenos por ella. De tal manera, a lo largo de nuestro curso, habremos de adoptar perspectivas diversas. Desde ahora, saquémonos de encima ilusiones estériles; quede dicho sin hipocresías que no llegaremos a una y a una sola de esas *definiciones* tan claras de la literatura que todavía se ofrecen por ahí. El saber de la literatura que aspiro a comunicarles en parte, excluye estas insípidas ficciones. La literatura rehuye su encasillamiento en una sola definición por el poderoso motivo de que es algo humano en grado superlativo. Lo humano escapa a las definiciones tajantes y definitivas como el agua siempre se escapa de una cesta de mimbre.

Punto de partida para una descripción preliminar, probemos trazar a grandes rasgos el papel que la literatura desempeña en la perspectiva de la gente. Se trata de esto: qué función asume la literatura en las vidas de quienes no se ocupan de literatura. No, pues, desde el punto de vista del escritor, del editor, del librero, del profesor, del estudiante, del lector asiduo e inquieto. Preguntemos cómo está y vive la literatura en la vida de cualquiera. O, lo que es lo mismo, cómo se presenta y pesa en la vida de la gente —esa realidad tan bien caracterizada por Ortega y Gasset como lo que somos todos y no es nadie en particular.

Saber a qué atenerse acerca de algo no implica ni de lejos prestarle o haberle prestado una apreciable atención. Quizás, con grandes visos de verosimilitud, la gente no sabe hoy a qué atenerse respecto de la literatura porque ésta, la literatura, desempeña un papel ínfimo

o sobremanera secundario en esta vida colectiva. Pero no prejuzguemos. Vayamos por partes.

La actual situación de la literatura, esto es lo que nos interesa, tiene hoy una figura porque antes, recordemos, tuvo otra —muchas otras—. Hay que referirse, pues, al pasado. Tomemos por referencia un período ni demasiado alejado ni demasiado próximo. Pongamos, un siglo. ¿Cómo se presentaba la literatura al hombre que respiraba el aire de 1860?

Uno de los mejores documentos para informarnos son los diarios que solían llevar los escritores. Abramos el famoso *Journal* de los Goncourt.

La primera observación que nos sale al paso es de gravitación capital para nuestro tema. Hacia la segunda mitad del siglo pasado, la literatura usufructuaba una importancia que hoy resulta casi mitológica en la vida del hombre de cultura europea —Europa y América—. El escritor estaba seguro de cumplir una misión de primer orden en las vidas de sus contemporáneos. Sabía a qué atenerse respecto de sí mismo y de los demás —del público.

Hacia 1860, Europa y América viven un período de seguridad profunda. Se cree estar en el buen camino y se confía en que el porvenir deparará el general mejoramiento del mundo. Es la creencia en el Progreso, la gran creencia moderna que se ha evaporado en nosotros. No hay para qué entrar en los detalles de cómo esta creencia optimista llegó a fraguarse en el alma de nuestros abuelos. Lo que importa señalar son sus límites y su fisonomía.

Al afirmar que el hombre occidental vivía en un mundo seguro hay que entender por ello lo siguiente. El repertorio de soluciones que la sociedad de entonces maneja es suficiente y eficaz para la vida humana. Desde este punto de vista, el individuo se siente no sólo alojado en el contorno social sino sostenido por éste. Aun las insatisfacciones generales, se tiñen de optimismo. Es cuestión de tiempo el solucionarlas y no hay motivo alguno para dudar de que la solución llegará para satisfacción de todos. Éste es, insisto, el panorama que ofrece la vertiente social de la vida. Pero el hombre es una realidad sobremanera extraña. En los individuos mejores se abre paso un sentimiento de cansancio, de hastío, provocado por este mundo demasiado previsible. La aventura, el ensueño, lo insólito, parecen condenados a pronta desaparición. Los anhelos más hondos, los puramente personales no sólo quedan, como es su destino, insatisfechos sino, esto es lo peculiar, sin lugar en la existencia de quien descubre que la sociedad, poco a poco pero inexorablemente, ha ido invadiendo todas las zonas del vivir e imponiéndoles sus calculadas pautas. Este sentimiento que se comunicará al fin del siglo no es, por su nombre, nuevo. Se llama soledad. Pero su inflexión adopta matices inéditos. Estos hombres que no sólo se sienten solos sino que fincan en la soledad su

dignidad de hombres, son muy de su época y lo saben. Cuando deploran, deploran que la burguesía triunfante ha anulado las grandes empresas y los grandes impulsos del alma, no se excluyen de esta triste eventualidad. Saben —creen saberlo— que también ellos, los hombres mejores, están tocados de esta general, cómoda, pusilanimidad que se ha adueñado del mundo. Saben que también a ellos les son indispensables esas facilidades que la sociedad multiplica y contra las cuales se rebela. Según se mire, desde su vertiente colectiva o desde su vertiente personal, el espectáculo cambia. Por un lado la seguridad, la confianza en el progreso. Por el otro, la desazón de que esas venturosas instancias lleguen a transformarse, o que ya lo sean, en enervantes y hasta corruptoras. En esta tensión le tocó cumplir a la literatura una función de magnífico relieve.

Para el hombre de la segunda mitad del siglo pasado, la literatura constituyó una compensación imaginativa de un mundo que se vaciaba de imaginación. Puso y vió en ella al reflejo de sus anhelos. Esto sucede sin excepción en las diversas tendencias y escuelas que florecieron entonces. La literatura fué para el hombre europeo la interpretación inmediata de su vida. Se sintió comprendido por ella y vivió como jamás había ocurrido antes, en una tónica literaria. En el momento en que los mitos retroceden frente a la ciencia en confiado avance, los mitos literarios acogen y potencian las imaginaciones, les dan una nueva y afortunada forma. Así la literatura desborda sobre la vida y, a la vez que proporciona en ciertos aspectos una compensación y una evasión de las apreturas del mundo, impregna a la existencia con su propia fisonomía. De aquí una paradoja que no se oculta a quien se asoma con un adarme de perspicacia a esas décadas finales del siglo XIX. La vida es opaca, previsible, segura. Es, repetimos, un mundo confortablemente instalado que arrincona los brincos de la fantasía. Y, sin embargo, dentro de esa cotidiana grisalla la vida es sobremanera literaria, lleva consigo un ingrediente de voluntaria o inconsciente escenificación que le confiere un curioso y, para nosotros, divertido colorido.

El escritor, que ya en el período anterior —el Romanticismo— había alcanzado un éxito de curiosidad, pasa a disfrutar de público prestigio.

Es uno de los héroes del día. Fíjense bien ustedes que no digo que los grandes escritores o tenidos por tales reciben honores y aplausos. Esto es verdad, por supuesto, pero completamente secundario. Hacía tiempo que venía sucediendo en Europa —por lo menos desde el siglo XVIII. Lo que imprime su impar característica a la segunda mitad del siglo XIX está en que el prestigio no se circunscribe a tales o cuales figuras. El prestigio va anejo a la profesión misma del escritor, a la tarea concebida como profesión, a la dimensión social de la literatura que ahora los propios interesados no vaci-

larán en llamar un *sacerdocio*. Profesión añadamos, que acaba de redondear en esta época su condición de tal con todas las de la ley.

Lo prestigioso, pues, es el escritor tomado en su perfil genérico, sin la previa consideración de valores personales. Esto suele tener consecuencias bastante incómodas para la literatura. Pensemos lo que hasta no hace demasiados años sucedía en América, en la Argentina. El hecho de ser escritor (o de aparentarlo) era una recomendación excelente para que se le confiaran a alguien las más diversas tareas. En especial, la profesión de escritor constituía una de las mejores entradas en la política —la ocupación social por excelencia, ya que es lo que necesita obligatoriamente del prestigio para subsistir—. Aquí viene la incomodidad antes mencionada. Como se cree que el escritor sirve para todo, es elegido diputado, nombrado ministro, viste el uniforme de embajador, acapara las cátedras, el resultado —podría citar ejemplos vivientes— es que rara vez escribe.

Arrinconando estos casos extremos, elocuentes y caricaturescos insistamos en lo dicho. Durante la segunda mitad del siglo XIX y en curva creciente hasta más o menos 1920, la profesión de escritor atrae las públicas miradas. Es un prestigio. El escritor, hombre de moda, recibe atención, aplausos, honores. Las mujeres, siempre sensibles a esta clase de triunfos, se enamoran de él. Lo cual no impide, claro está, que prefieran casarse, y con muy buen sentido, con los banqueros.

Así mimado, el escritor siente que su profesión está sin más justificada. Todo lo que él haga está bien, por el sólo hecho de que él lo ejecuta. Es la psicología del niño mimado. No reconoce claras obligaciones: su simple persona basta, cree el escritor para afirmar sagrados derechos. Todavía durante la guerra de 1914 los gobiernos tenían mucho cuidado con los escritores. Sabían que un ultraje a la pluma podía perjudicarlos más que el bombardeo a una ciudad abierta.

¿Para quién escribían estos escritores? El público se ha ampliado de una manera vertiginosa. El aumento de población, la difusión de la instrucción pública, contribuyen a que el libro llegue prácticamente a todas partes. El escritor no ve limitaciones al cauce de su palabra. Una anécdota de Víctor Hugo describe muy bien el estado de ánimo profesional de estos señores modernos.

Víctor Hugo cumplía ochenta años. Fué un acontecimiento mundial. ¿Habrà que repetir aquello de lo que va de ayer a hoy? Para este cumpleaños del semidiós poético las naciones nombraron embajadores. Víctor Hugo recibió las embajadas en su salón, apoyado el codo en una consola la mirada estudiadamente perdida en las alturas. Un ujier anunciaba: —“El señor embajador de Italia.” Víctor Hugo murmuró como para sí: “¡Italia! ¡Dante! ¡Ariosto!” —“El señor embajador de España.” —“¡España! ¡Cervantes! ¡Calderón!”

—“El señor embajador de Inglaterra.” —“¡Inglaterra! ¡Shakespeare!”  
—“El señor embajador de Mesopotamia.” La entrada de este personaje desconcertó un instante a Hugo. Sólo un instante, porque recobrando su apostura: —“¡Mesopotamia! ¡Es la humanidad!”

Así es. El escritor exaltado a prestigio no aspira a menos que a escribir para la Humanidad. Hasta entonces, la idea de público había sido sobremanera más restringida y concreta. Ahora ha esfumado sus contornos, se ha desmesurado en una abstracción enorme, abrumadora. Es la primera etapa del proceso que culminará en nuestro tiempo. El escritor irá quedándose sin una idea clara, eficaz de público. Terminará por no saber para quién escribe. No se trata de un detalle trivial. La literatura, además de muchas otras cosas, ya lo sé, es una tarea esencialmente comunicativa. Más aún, es la potenciación técnica —perdón por la pedantería— de la dimensión comunicativa de la palabra. Pues bien, cuando no se sabe para quién se escribe, se acaba por no saber qué se escribe. El interlocutor, el destinatario, el público, son ingredientes de que no puede prescindir la literatura. Privada de ellos palidece, decae, se falsifica. Hoy, adelantemos eu final de esta clase, el escritor, ya sin prestigio profesional, se ha quedado sin saber para quién escribe. Francisco Ayala en un reciente libro afirma que se escribe para todos y para nadie. Es el pesimista, desengañado, revés de la trama de lo que Víctor Hugo expresaba con énfasis feliz.

¿Es un mal irremediable que el escritor se quede sin saber para quién escribe? En principio y hasta examinar la cuestión despacio no vacilo en afirmar que no. Quizás precisamente en la gravedad de este desamparo esté la salida, la salvación de la literatura.

No quepa duda de que ese prestigio inmenso disfrutado por el escritor redundó, hechas las sumas y las restas, en perjuicio de la literatura. Pero si cada época se retrata en los prestigios que exalta, el siglo XIX que un escritor desagradecido llamó estúpido, merece admiración y simpatía. Por que cuando se pasa revista a los prestigios de nuestra época, no sé cuál de ellos es digno de equipararse con el escritor mimado y malcriado hace cien o cincuenta años. Nuestro tiempo tiene una extraña vocación por elevar a la consideración y el aplauso a figuras sociales que hacen muy mala figura al lado de los héroes del día, frente a los cuales nuestros abuelos se sacaban reverentes las galeras.

Cuando se compara la situación abocetada con la actual el primer rasgo que se nos impone es la evaporación del prestigio del escritor. Para ser verídico, hago notar que se trata de un aspecto, ni siquiera más decisivo, de un fenómeno más general. Este fenómeno es el desplazamiento del intelectual de la vida contemporánea con el implícito descrédito de la inteligencia como potencia rectora. El mundo había vivido varios siglos bajo el signo de la inteligencia. Hoy, por

causas muy largas de exponer, la inteligencia ha dejado de ser un valor aceptado. Quizás la situación estrictamente actual muestra ya un cambio o una variación apreciable en este punto. De todos modos, los últimos cuarenta años han acometido la terrible experiencia de situar la vida fuera de la verdad. A veces, no las menos, situándose deliberadamente en la mentira.

No me internaré más allá de lo dicho en esta tremenda cuestión general en que nuestro tiempo juega su suerte. Me limitaré, un poco a pesar mío, a lo que directamente se refiere a la literatura.

El escritor, modulación del intelectual, ha desaparecido del elenco de prestigios. Sólo por cuestiones en rigor ajenas a la literatura, un escritor se vuelve hombre de moda. ¿Quién ha llenado este vacío provocado por el escritor al retirarse del escenario? Por lo pronto, nadie. Me sorprende un poco que no se haya reparado con más cuidado en este hecho. El escritor —y con él la literatura— han perdido vigencia. Pero no puede hablarse de que otra vigencia, otro prestigio haya tomado el papel vacante. La instancia ilumina de soslayo que nuestro tiempo carece de prestigios firmes. No vale la pena andar con vueltas. Nos hemos quedado, en efecto, sin ellos. No contamos más que con intentos insuficientes de centrar la atención colectiva, de investir en otras formas la función que desempeñaba la literatura.

Y aquí, por ausentes, brillan la magnitud, y la hondura del influjo literario en la sociedad de las décadas precedentes a 1920. Porque lo que se ha intentado hasta ahora, aprovechando el prestigio de que gozó la literatura, ha sido sustituirla en su misma función con otros medios y otros fines. Para ser más claro: al no aparecer lo que hubiese sido realmente eficaz, un nuevo prestigio, se ha tratado de regir la opinión pública y la vida colectiva a través de técnicas paraliterarias y seudoliterarias. El cine, la radio, la televisión, han ido ocupando de manera rápida y en ocasiones fulminantes los ratos dedicados antes a la literatura. El lector, el hombre que lee por placer y para quien el libro es una indispensable compañía está en vías de desaparición. Cada vez se lee con menos interés porque ya no hay casi lectores desinteresados. Esto me parece capital. Una actitud puritana, triste y rutinaria viene tratando de aparejar como sinónimos el placer y la frivolidad. Hay placeres no solamente lícitos, según concedían algunos filósofos, sino profundamente reveladores de la realidad en algunas de sus facetas. Querer hacer “serios” a estos placeres —la lectura es uno de ellos— equivale a quitarles su verdadera e inteligente condición. El lector desaparece cada día más porque de todo quiere extraerse un provecho, un interés que es en su raíz ajeno a cada una de las realidades que la vida ofrece. Se exige ahora del libro un resultado pedagógico, una confirmación doctrinaria, un mensaje, un compromiso, que sé yo cuántas cosas más. Y todo eso se exige sin entregarse cabal y generosamente a la literatura y por ello per-

diendo progresivamente la capacidad de esa indispensable entrega. Este énfasis que ha invadido la vida, esta falsa importancia que cada cual se atribuye, nos está volviendo irremediamente estúpidos.

¿Qué ocurre con aquellas formas a las que se pide menos, a las que el hombre contemporáneo reserva una dosis más rica de su espontaneidad? Son, ya lo hemos dicho, el cine, la radio, la televisión y también las revistas —pienso especialmente en las historietas de todo pelo y color que se multiplican bajo cualquier pretexto. Todas estas diversiones se caracterizan por su variedad sucesiva, por su índole de fuertes e instantáneos estímulos. La atención, fuertemente solicitada, se habitúa a no responder sino a brutales incitaciones, verdaderos puntapiés psíquicos, y cae en la incapacidad de sostener durante un lapso prolongado la captación de un objeto. Es el rasgo de conducta más llamativo del hombre actual y frente al cual es inútil que luche la literatura. Aún el cuento más sencillo demandará un esfuerzo de la atención irrealizable a quien se ha acostumbrado a responder a las figuritas de la historieta o de la televisión, a la algarabía en que por lo regular se han convertido las audiciones radiotelefónicas.

Esta conducta de prenderse al estímulo más recio para, un segundo después, absorberse en el estímulo heterogéneo que le sigue, este ir rodando de un sacudón a otro, define al niño por oposición al adulto. No tomo a lo trágico esta decadencia del influjo de la literatura. Lo trágico está en lo que ha venido a sustituirla, en lo que valen como signos estos sustitutos. El hombre actual se ha puerilizado. Podría completar el cuadro con otros toques. No lo creo necesario. Baste añadir que esto le ocurre cuando las circunstancias asumen para él una adustez y una peligrosidad que no podrá afrontarse con niñerías.

Este empobrecimiento o puerilización del alma contemporánea es lo que explotan las técnicas que se han adueñado de la vacante dejada por la literatura. Se tiende, con variación de grado, a mantener al individuo en un constante estado de alteración gracias al cual se lo lleva adonde se quiere. La propaganda más brutal tiende a adueñarse de la vida contemporánea. El resultado es una igualación hacia abajo cuyos efectos serán, temo, aún mayores de lo que la imaginación más literaria se atreva a anticipar<sup>1</sup>.

¿Cuál será el destino de la literatura? Se abren dos posibilidades opuestas. Cerraré esta clase exponiéndolas brevemente. La primera es, contra lo que se supone, alentadora. Privada de los halagos del prestigio, la literatura entrará, acaso, en una fase minoritaria, esto es, de sinceridad. Quien en el futuro ponga su vocación a ser escritor sabrá que se dedica a una tarea ingrata. Sólo apreciada por unos pocos

<sup>1</sup> Recomiendo, en este sentido, la lectura de una novela muy popular en su cariz y muy atrayente. Me refiero a *Mercaderes del espacio* de FREDERICK POHL y C. M. KORNBLUTH. Obra de ciencia-ficción, género del cual me ocuparé durante el curso, menos tétrica y por eso más convincente que la exitosa 1984 de GEORGE ORWELL.

que encuentran en ellos un placer de lectores. De tal manera, el escritor lo será por auténtica inclinación y volverá a tener una idea de para quién escribe. Los sacrificios serán rudos, constantes, porque el mundo tomará una forma que hará cada vez más difícil cualquier dimensión literaria. La falta de tiempo, las solicitudes mencionadas de la propaganda, las condiciones de la vivienda, todo conspira contra una decorosa lectura. Lo mismo, elevado a la enésima potencia, ocurre referido al escritor. Pero, en fin, hay un poro en el horizonte y quizás, en un esfuerzo largo, logre la literatura reconquistar lo que hoy parece tristemente perdido. ¡Quien sabe si hastiados de tanta vacuidad estruendosa no serán muchos, más de lo que suponemos, quienes vuelvan al archipiélago maravilloso de los libros!

La segunda posibilidad no pide demasiados minutos. Si las condiciones en que se desenvuelve el futuro continúan sin correctivo o desviación, la línea hoy dominante, el porvenir de la literatura es nulo. En un mundo dominado por las doctrinas en política, por la propaganda en todas fases, por la producción en masa para una masa cuyos deseos son fabricados con vistas al mercado, la literatura no tiene función efectiva que desempeñar. Morirá de asfixia. Las bibliotecas se convertirán en ruinas sólo visitadas por una nueva especie de arqueólogos y por la curiosidad de futuros domingos.

La historia no obedece a la fatalidad. También el mañana depende de nosotros. En otra obra leída hace poco —*El hombre ilustrado*— hay un cuento admirable. Los hombres han proscripto la literatura en nombre de la ciencia. Es un universo dominado por la higiene, la psicoterapia y las fuerzas increíbles que mueven naves a través del espacio. Los libros son perseguidos, quemados. Los hijos de la imaginación —las brujas de Shakespeare, Don Quijote, Mr. Pickwick, Drácula, se han refugiado, junto con sus creadores, en Marte. Desde allí quieren luchar contra los hombres. La conclusión es dolorosa: Cervantes, Shakespeare, Dickens, Poe, comprenden que son sólo sombras. Sólo perviven mientras alguien los lee. Cuando caen en cenizas las últimas páginas del último ejemplar de sus libros. ellos, los creadores, se deshacen en el aire.

Vivir es elegir. Creo que algo puede hacerse por la literatura. Un mundo dominado por los engranajes, la propaganda y la novocaína me parece entristecedor, aburrido.

Invito a aquellos de ustedes que participen de mi cariño por la literatura a dialogar unos meses. Quizás con este diálogo posterguemos, al menos, ese torvo momento en que el mundo, con un inmenso bostezo se nos quedará sin hadas y sin brujas.

ADOLFO RUIZ DÍAZ  
Universidad Nacional de Cuyo.

Abril de 1959.